

*César Vidal*

**Durruti**  
La furia  
libertaria

*biografías 8*

*Introducción.* La España de oligarquía y caciquismo 11

## **PARTE 1 EL CONVERSO**

1. En tierras de León ..... 25
2. La conversión al anarquismo violento..... 37
3. La voz de las pistolas..... 49
4. La aventura americana..... 69
5. La solidaridad internacional..... 79

## **PARTE 2 EL REVOLUCIONARIO**

6. Anarquismo *versus* República ..... 95
7. El cisma anarquista..... 111
8. ¡¡Insurrección!!..... 129
9. Sublevación contra las izquierdas,  
sublevación contra las derechas..... 145
10. De las derechas en el poder al Frente  
Popular..... 163

## **PARTE 3 EL EJECUTOR**

11. El camino hacia la Guerra Civil..... 181
12. El miliciano..... 193

<b>13.</b> La revolución.....	207
<b>14.</b> Muerte en Madrid.....	221
<i>Conclusión</i> .....	237
<i>Cronología</i> .....	253
<i>Glosario</i> .....	281
<i>Elenco de personajes</i> .....	285
<i>Bibliografía</i> .....	293
<i>Filmografía</i> .....	301
<i>Índice onomástico</i> .....	303

*Introducción*

La España de  
oligarquía y  
caciquismo

## LA ESPAÑA AGONICA<sup>1</sup>

A finales del siglo XIX, España, como el imperio turco con el que se la compara frecuentemente, era si no el enfermo, sí uno de los agonizantes de Europa Occidental. En el plano internacional, había dejado de ser ya hace tiempo la orgullosa potencia que otrora impuso su voluntad sobre pueblos y naciones. De su dilatado imperio ultramarino apenas le quedaban ya algunas posesiones en América

---

<sup>1</sup> Acerca de la España que vivió la crisis del sistema canovista: S. Alba, *Problemas de España*, Madrid, 1916; M. Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, 1934; E. Aunós, *España en crisis*, Buenos Aires, 1948; J. Canalejas, *La política liberal en España*, Madrid, s.f.; J. Carlavilla del Barrio, *El Rey. Radiografía del reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 1956; J. de la Cierva, *Notas de mi vida*, Madrid, 1955; M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, 1977 (4ª ed.); A. Figueroa y Torres (conde de Romanones), *Notas de una vida*, Madrid, s.f., 3 vols.; A. Lerroux, *Mis memorias*, Madrid, 1963; E. Mola, *Obras completas*, Valladolid, 1940; J. Ortega y Gasset, *Vieja y nueva política*, Madrid, 1928; idem, *España invertebrada*, Madrid, 1934; A. Ossorio, *Mis memorias*, Buenos Aires, 1946; V. R. Pilapil, *Alfonso XIII*, Nueva York, 1969; J. Sánchez de Toca, *La crisis de nuestro gobierno constitucional*, Madrid, 1918; M. Tuñón de Lara, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967; ídem, *La España del siglo XIX (1808-1914)*, París, 1968; ídem, *La España del siglo XX (1914-1939)*, París, 1966.

(Cuba y Puerto Rico), las Filipinas y unas pretensiones no del todo sólidas ni concretas en el norte de Africa. No se trataba de una posesión plácida. En Cuba se había producido una nueva sublevación y María Cristina, la reina regente, había manifestado su voluntad de que se reprimiera con la máxima energía. El encargado de hacerlo, el general Weyler, se ganaría una bien merecida fama de crueldad en su lucha contra los rebeldes cubanos, pero no por ello extirparía las raíces del problema. En Filipinas, la explotación ejercida por los dominicos, auténticos beneficiarios de la economía isleña, había provocado la sublevación de los aborígenes. La represión española —que concluyó en diciembre de 1896 con el fusilamiento del poeta filipino José Rizal— sólo había cerrado en falso una herida que se volvería a abrir en breve. Ambas situaciones de ultramar estaban preñadas de significado. Si Weyler evidenciaba en Cuba el fracaso del Ejército, auténtico puntal del régimen, en el cumplimiento de su misión, lo mismo sucedía en Filipinas con otra de las columnas de la España canovista, la Iglesia Católica.

Internamente, la situación del sistema político no era, ni mucho menos, mejor. En teoría, el sistema español pretendía reproducir el parlamentarismo británico centrado en la existencia y alternancia en el poder de un partido conservador y otro liberal. Sin embargo, en la práctica, el régimen estaba viciado desde su creación en 1876. El partido liberal y el conservador se alternaban en el poder, pero no de acuerdo a la voluntad popular expresada en las urnas sino en función de un pacto entre ellos que predeterminaba, por ejemplo, el número de escaños que había de disfrutar cada uno en las elecciones. Estas se basaban en el fraude electoral, el tristemente conocido «pucherazo», que no era sino la ejecución de las órdenes que el Ministerio de la Gobernación había transmitido a los caciques locales. Para Joaquín Costa se trataba de un sistema basado en una expresión que haría fortuna: «oligarquía y caciquismo»<sup>2</sup>. Por el con-

---

<sup>2</sup> J. Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual*

trario, para Grandmontagne era una manifestación de «ruralismo político»<sup>3</sup>. En realidad, la estructura política no era sino el ropaje que mejor convenía a la red de oligarquías locales (en parte procedentes de la nobleza medieval, y en parte de la burguesía enriquecida bajo los gobiernos liberales) que se repartían la riqueza del país. Para éstas el sistema político (ungido directamente por la Iglesia Católica) debía servir de instrumento de gobierno de estas élites dominantes sin que las masas populares (y productoras) pudieran interferir en ello. Se trataba, fundamentalmente, de defender la propiedad por encima de cualquier otro bien contra aquellos (como los obreristas) que pudieran amenazarla. A fin de cuentas, la finalidad suprema del sistema era protegerse contra «la invasión bárbara del proletariado ignorante»<sup>4</sup>.

Este carácter abierta —e indispensablemente— oligárquico del régimen explicaba su dependencia de dos poderes fácticos a los que ya nos hemos referido: la Iglesia Católica y el Ejército. La primera dotaba al régimen no sólo de una legitimación ultraterrena sino también de parte de su base ideológica. A medida que fue creciendo la influencia de los movimientos obreristas (que no podían simpatizar con semejante pilar del régimen) intentó ir creando sindicatos paralelos que apartaran a los trabajadores del socialismo. No podía ser de otra forma en un país donde, según ciertas fuentes, los jesuitas llegarían a controlar en 1912, «sin exageración, un tercio de la riqueza capitalizada de España»<sup>5</sup>. El otro pilar, el Ejército,

---

*de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, 1902.

<sup>3</sup> Reproducido en *Libro de la prensa*, Madrid, 1911, pág. 95.

<sup>4</sup> Resulta especialmente revelador en este sentido el discurso pronunciado por Cánovas del Castillo ante las Cortes el 3 de noviembre de 1871. Sobre el papel de las oligarquías, véase D. R. Ringrose, *España. 1700-1900*, Madrid, 1996 (traducción de César Vidal).

<sup>5</sup> J. Aguilera en *La Revue*, 1912, citado en G. Brenan, *El laberinto español*, Barcelona, 1977, pág. 78.

había sufrido una clara merma de su poder en virtud del sistema canovista <sup>6</sup>, pero la situación sería pasajera. Cuando unos años después Alfonso XIII llegue a su mayoría de edad y se reinicie la aventura africana su papel volverá a ser de primer orden.

El régimen de «oligarquía y caciquismo» se sustentaba (esto resulta difícil de poner en duda) sobre las pésimas condiciones de vida de la clase obrera. El trabajo no sólo resultaba agobiante para los varones adultos sino, de manera muy especial, para las mujeres y los niños. Estos últimos, privados de cualquier educación, por regla general, comenzaban ya a trabajar a los seis años. Un informe elaborado por algunos socialistas en los años finales del siglo XIX dejaba pocas dudas al respecto:

«En Reus trabajan los niños sesenta y seis horas semanales; entran en las fábricas a los seis años de edad, y desde ésta a la de catorce años ganan de 6 a 16 reales por semana; de catorce en adelante, el que más 52 reales, y algunos pasan de esa cifra, pero son muy contados.

En Barcelona hay más variedad en el salario; ganan algo más; trabajan sesenta y nueve horas a la semana, y entran también a trabajar a los seis años.

En Valls trabajan doce horas diarias; ganan, con corta diferencia, lo que en Reus, y empiezan a trabajar a la misma edad.

En Igualada, la situación de los niños es tristísima: trabajan trece horas diarias, y empiezan también a los seis años...

Sería la epopeya del dolor y del sufrimiento detallar las amarguras que en los diferentes oficios que menciono experimentan esas delicadas criaturas, expuestas unas continuamente al rigor de la intemperie por vender un veinticinco de periódicos; sujetos y amarrados otros, cual esclavo a su cadena, detrás de

---

<sup>6</sup> En el mismo sentido, véase C. P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 1990, pág. 15 y ss.